



“Afectos, pasiones y sentimientos. Algunas preguntas para la historia de las emociones en la Nueva España y la Edad Moderna. Siglos XVI-XVIII”
Estela Roselló Soberón
p. 335-353

*Enfoques y perspectivas
para la historia de Nueva España*
María del Pilar Martínez López-Cano (coordinación)

México
Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas
(Teoría e Historia de la Historiografía 15)

Primera edición impresa: 2021

Primera edición electrónica en PDF con ISBN: 2022

ISBN de PDF: [en trámite]

<https://ru.historicas.unam.mx>



Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0
Internacional
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/deed.es>

©2022: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas.
Algunos derechos reservados. Consulte los términos de uso en:

<https://ru.historicas.unam.mx/page/terminosuso>

Se autoriza la consulta, descarga y reproducción con fines académicos y no comerciales o de lucro, siempre y cuando se cite la fuente completa y su dirección electrónica. Para usos con otros fines se requiere autorización expresa de la institución.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



REPOSITORIO
INSTITUCIONAL
HISTÓRICAS
UNAM

AFECTOS, PASIONES Y SENTIMIENTOS

ALGUNAS PREGUNTAS PARA LA HISTORIA DE LAS EMOCIONES EN LA NUEVA ESPAÑA Y LA EDAD MODERNA SIGLOS XVI- XVIII

ESTELA ROSELLÓ SOBERÓN

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

En el año 2001, el historiador norteamericano William Reddy publicó *The Navigation of Feeling*,¹ una obra que pronto se convirtió en un clásico de la, entonces, todavía joven historiografía de las emociones. Hoy, han pasado ya casi veinte años desde que Reddy invitara a la comunidad de historiadores internacionales “a navegar el sentimiento”. A pesar de ello, son muchas las nuevas preguntas e interrogantes que aparecen cada día con mayor fuerza para invitarnos a abordar, tal como lo plantea Javier Moscoso, “el problema del cambio social desde la perspectiva de una historia de lo sensible”.²

A decir verdad, durante casi dos décadas, historiadores de países como Estados Unidos, Gran Bretaña, Alemania, España y Australia han hecho contribuciones muy importantes para construir diferentes herramientas teóricas y metodológicas que permiten aproximarse a la historia desde la dimensión sentimental.³

¹ William Reddy, *The Navigation of Feeling*, North Carolina, Duke University, 2001.

² Javier Moscoso, “La historia de las emociones, ¿de qué es historia?”, *Vínculos de Historia*, Departamento de Historia de la Universidad de Castilla, Castilla-La Mancha, n. 4, 2015, p. 21.

³ El interés en hacer una historia de lo sensible se remonta, por lo menos, a mediados del siglo XX. Ya los trabajos de Norbert Elias, Philippe Ariès o Lucien Febvre plantearon muchas preguntas y problemas propios de la historia cultural que se interesa por el significado que han cobrado las emociones a lo largo del tiempo, así como por las prácticas, hábitos y formas de relación que se originan a partir de diferentes experiencias sensibles. A partir de la década de los años ochenta, el análisis de la dimensión emocional desde la historia cobró mayor auge. Los trabajos de Peter y Carol

En años recientes, esta corriente ha cobrado mayor importancia debido a que hoy, en palabras de Barbara Rosenwein, “las emociones vuelven a ser importantes para nosotros”.⁴ Efectivamente, el mundo global en el que vivimos plantea nuevos retos e interrogantes que traen consigo muchos miedos, preocupaciones, deseos, anhelos, esperanzas, odios y amores cuyos significados varían de lugar en lugar pero que, al mismo tiempo, no dejan de ser relevantes en los procesos de reconfiguración y resignificación del mundo que vivimos en este tan incierto fin de época.⁵

La complejidad de las sociedades globales contemporáneas plantea, entre muchas otras cosas, la necesidad de acercarnos a nuestro pasado para comprender mejor la relación que durante siglos ha existido entre nuestra individualidad y nuestra pertenencia a las múltiples comunidades que, de una manera u otra, nos han incluido o definido. Sin duda, en la búsqueda de esta relación entre el sujeto y la cultura, la historia de las emociones puede ser realmente fructífera y reveladora.

Tal como señalara William Reddy en alguna famosa entrevista, una de las grandes virtudes de la historia de las emociones es que permite encontrar los vínculos existentes entre las diversas clases sociales, los géneros y las múltiples razas que coexistieron dentro de regímenes emocionales particulares en las sociedades del pasado.⁶

Es decir, la historia de las emociones permite “trascender las fracturas propias de todo orden social” para con ello rastrear las conexiones existentes entre los diferentes sujetos que vivieron bajo las normas de una misma sensibilidad o bajo las normas de

Stearns inauguraron un nuevo periodo historiográfico para dicha corriente. Véase Carolina Rodríguez López, “De exilios y emociones”, *Cuadernos de historia contemporánea*, Universidad Complutense de Madrid, Madrid, v. 36, 2014, p. 112.

⁴ Jan Plamper, “The History of Emotions: an interview with William Reddy, Barbara Rosenwein, and Peter Stearns”, *History and Theory*, Wiley-Blackwell, Wesleyan University, Middletown, v. 49, n. 2, mayo de 2010, p. 251.

⁵ Fernando Escalante y Mauricio Tenorio, entre otros, insisten en llamar así al periodo de la historia por el que estamos atravesando actualmente.

⁶ La traducción y la glosa de las ideas de Reddy son mías. El concepto de régimen emocional es de Reddy, quien lo entiende como “el conjunto de emociones normativas y los rituales oficiales, las prácticas y emotivos que expresan y que los inculcan”. Plamper, “The History of Emotions: an Interview...”, p. 238 y 240.

sensibilidades específicas que coexistieron en un mismo espacio geográfico y temporal.⁷

Por otro lado, cuando se piensa en el valor del estudio de la historia de las emociones actualmente vale la pena recordar lo que Barbara Rosenwein —otra de las principales precursoras de esta corriente historiográfica— ha señalado. A decir de la historiadora norteamericana, este enfoque de interpretación plantea la posibilidad de rastrear los valores y las narrativas con las que los hombres y las mujeres de diferentes épocas han dado sentido a su mundo y a su propia existencia, lo mismo que a la naturaleza de los vínculos de aquellos que se reconocen como iguales o al valor que dan a las emociones de los otros.⁸

Finalmente, también es necesario tener en cuenta que, en cuestión de emociones y sentimientos, se habla de la experiencia social. De acuerdo con Raymond Williams y sus teorías sobre la cultura, las emociones forman parte de “un modo de vida”. En muchas de sus investigaciones, este importante historiador galés, planteó la existencia de “estructuras de sentimiento” que se producen a partir de “un sentido particular de la vida, de una experiencia comunitaria particular que se expresa de manera sutil en muchas dimensiones de nuestra actividad diaria”.⁹ Estas estructuras, señalaba el historiador y crítico literario, siempre son producto de la agencia humana, son moldeables y se producen a partir del cambio histórico.¹⁰

Ahora bien, a pesar de que el estudio de la historia de las emociones en otras partes del mundo se remonta por lo menos a la segunda mitad del siglo XX, en el caso de la historiografía de nuestro país, es mucho lo que hay por decir, descubrir e inspeccionar en

⁷ Para Reddy, la historia de las emociones hace posible trascender las fracturas de las identidades sociales aquí mencionadas con la finalidad de buscar las intersecciones existentes entre dichas categorías. Plamper, “The History of Emotions...”, p. 240.

⁸ Lo anterior es una glosa de lo que señala Rosenwein en la entrevista que le hiciera Plamper en *Ibidem*, p. 253.

⁹ Nuevamente, la traducción de Raymonds, así como la glosa de sus ideas son mías. Véase Paul Filmer, “Structures of Feeling and Socio Cultural Formations the significance of literature and experience to Raymond Williams’s sociology of culture”, *The British Journey of Sociology*, Wiley-Blackwell, Wesleyan University, Middletown, v. 54, n. 2, junio de 2003, p. 202.

¹⁰ *Idem*.

dicho campo. Ciertamente, en México, la historia de las emociones ofrece un terreno de estudio muy fértil y aún muy poco explorado. Sin duda, tal como se verá más adelante, los historiadores interesados en estudiar el periodo virreinal y la historia universal de los siglos XVI, XVII y XVIII tienen mucho por hacer desde esta perspectiva histórica. Lo que se presenta a continuación sólo son algunas ideas, reflexiones, propuestas y datos interesantes para insistir en la importancia que tendría para los historiadores mexicanos del siglo XXI abrir brecha y consolidar dicha corriente historiográfica aún muy novedosa en nuestro país.

En el origen

Evidentemente, el problema de las emociones —o, mejor dicho, el problema del lugar que ocupan las emociones en la vida del ser humano— no apareció en los albores del nuevo milenio. Ya desde la antigüedad grecolatina, filósofos como Platón, Aristóteles, Séneca, Cicerón e historiadores como Plutarco o Tucídides hicieron del tema de las emociones uno de los ejes de sus reflexiones y preocupaciones más constantes.¹¹ Tanto para estoicos como para epicúreos, las emociones sólo podían entenderse como “experiencias cognitivas”.¹² A partir de entonces, la materia de las pasiones, los afectos, las emociones y los sentimientos ha estado presente en la construcción del conocimiento y el pensamiento occidental.

No es el momento ni el lugar para rastrear la historia de la historiografía de las emociones de la antigüedad a nuestros días. Sí, en cambio, de recordar algunos antecedentes importantes para comprender la relevancia que tuvieron las emociones en los debates

¹¹ En efecto, en occidente, a lo largo de los siglos, muchos filósofos han intentado ver en las emociones la “causa y el aspecto fundamental de los eventos históricos, así como de presentación y recepción de las narrativas históricas”. Véase Douglas Cairns, “Emotions”, <https://www.academia.edu/31303691/EMOTIONS> (consulta: 18 de mayo de 2021), p. 1.

¹² *Idem.*

epistemológicos de la Edad Moderna, lo mismo en la cultura del barroco que en la de la Ilustración.

En este sentido, vale la pena recordar cómo se definía el término *emoción* en el *Diccionario de Autoridades* editado en Madrid en 1732: “de *moción*, acción o pasión en virtud de la cual una cosa se mueve por sí o es movida por otra; metafóricamente significa la alteración del ánimo que se inclina a alguna especie a que le han persuadido. Dícese frecuentemente de las cosas devotas”.¹³ Es interesante reparar en cómo, algunas décadas antes, en 1698, en un discurso que dirigió a la Academia Francesa de Pintura y Escultura, el pintor Charles Le Brun señaló que las emociones eran las expresiones con las que el cuerpo marcaba “los movimientos del alma y dejaba ver los efectos visibles de la pasión, ya que aquello que genera pasión en el alma genera alguna acción en el cuerpo”.¹⁴

Las citas anteriores importan porque revelan dos ideas comunes en los imaginarios barrocos europeos de los siglos XVII y XVIII. En primer lugar, que el universo afectivo humano se explicaba a partir del movimiento del alma. En segundo, que el cuerpo y el alma estaban estrechamente vinculados. En realidad, tal como han señalado Marta Tausiet o James Amelang, antes del siglo XVIII los teólogos, médicos y filósofos europeos no hablaron de emociones, sino de pasiones. Bajo aquella mirada, las pasiones o afectos eran fuerzas externas que invadían al alma y al cuerpo de los seres humanos para moverlos, afectarlos y desestabilizarlos.¹⁵ Desde esta óptica, las pasiones eran fuerzas anímicas que producían movimiento, pero, sobre todo, hacían sufrir al sujeto, puesto que generaban en él desorden y perturbación. Tal como señaló el artista francés de fines del siglo XVII y como recogía el *Diccionario de Autoridades* en la primera mitad del XVIII, las pasiones tenían efectos negativos en el alma y en el cuerpo de las personas. Por ello, y de acuerdo con la mirada religiosa que caracterizó tanto al mundo católico como al protestante de

¹³ *Las mujeres y las emociones en Europa y América (siglos XVII-XIX)*, María Luisa Candau (ed.), Santander, Editorial de la Universidad de Cantabria, 2016, p. 12.

¹⁴ Paul Goring, *The Rhetoric of Sensibility in Eighteenth Century culture*, Nueva York, Cambridge University Press, 2004, p. 40.

¹⁵ Candau, *Las mujeres y las emociones...*, p. 12.

los siglos XVI y XVII, lo ideal y lo más recomendable era controlar las pasiones, moderar los afectos y con ello, ayudar a templar un cuerpo siempre frágil, proclive al pecado y a la perdición. Dicha concepción de la vida se sostenía en la idea de que entregarse a las pasiones, es decir, sentir sin guía, sin moderación o sin una orientación adecuada era peligroso y nocivo para la salud del cuerpo —lo mismo que para la salvación del alma.

De acuerdo con historiadores como Mónica Bolufer, Jo Labanyi, Henry Martyn Lloyd, Paul Goring o Sara Ahmed, entre muchos otros, el pensamiento europeo del siglo XVIII vivió la transformación de los discursos filosóficos, médicos y teológicos que durante el barroco habían definido lo que significaban la sensibilidad y los afectos. El pensamiento ilustrado y materialista dejó atrás la condena de aquella dimensión humana y en su lugar, abrió la oportunidad para explorarla desde una mirada reivindicadora.¹⁶ Basta con recordar la manera en que la *Encyclopedie francaise*, obra editada por Diderot y D'Alambert entre 1751 y 1771, se refirió al término *sensibilidad*, mismo que explicó como: “la facultad de sentir, el principio de la sensibilidad, el sentimiento de las partes, el más hermoso y singular de los fenómenos de la naturaleza”.¹⁷ Es fácil advertir que esta definición ilustrada plasmaba ya, una mirada distinta a la que había impreso la cultura barroca sobre la experiencia sensible. En dicho caso, la definición enciclopédica señalaba que sentir era “el más hermoso y singular de los fenómenos de la naturaleza”. Es decir, sentir ya no era considerado como una experiencia “mala” provocada por

¹⁶ Ann Jessie von Sant explica cómo en el siglo XVIII los nuevos debates sobre la sensibilidad se hicieron desde la fisiología, la epistemología y la psicología. El siglo de las luces reivindicó el concepto de sensibilidad, al cual dotó de cualidades tales como la delicadeza y la civilización. A partir de la segunda mitad del siglo XVIII, el sentimiento se vinculó con el refinamiento de la moral. De acuerdo con von Sant, esta nueva postura hacia los afectos cambió el eje moral del siglo XVIII. En ese nuevo contexto, la simpatía, la filantropía y la empatía se leyeron con afectos vinculados con una moral propia de seres humanos más elevados. Véase Jessie van Sant, *Eighteenth Century Sensibility and the novel: the senses in social context*, Cambridge, Cambridge University Press, 2004, p. 5.

¹⁷ Henry Martyn Lloyd, “The Discourse of Sensibility: The Knowing Body in the Enlightenment” en *The Discourse of the Sensible: The Knowing Body in the Enlightenment*, Henry Martyn Lloyd (ed.), Dordrecht, Springer Netherlands, 2013, p. 5.

fuerzas externas que desestabilizaban al sujeto. Por el contrario, sentir era un fenómeno bueno que formaba parte de esa naturaleza sorprendente que había que explicar a partir de la razón. Muchos filósofos, escritores y pensadores de la época, tales como Diderot o D’Alambert compartieron aquella nueva concepción de lo sensible. La reivindicación de la experiencia del sentir cobró fuerza, por ejemplo, entre muchos médicos vitalistas, quienes definieron a la sensibilidad “como aquello que se oponía a la muerte”.¹⁸ Una postura similar tuvieron Juan Jacobo Rousseau, quien en sus novelas sentimentales defendió la importancia de la simpatía en la articulación de los vínculos humanos, o el propio Lawrence Sterne, quien en sus divertidas novelas también exaltó el valor de los sentimientos y el lugar que ocupaban en la construcción de la moral humana.¹⁹

En realidad, la reivindicación dieciochesca de la experiencia sentimental no apareció, obviamente, de la nada. Ya desde el siglo XVII, John Locke había planteado la importancia de reparar en la experiencia de los sentidos y de las emociones para comprender los procesos del conocimiento y del entendimiento humano.²⁰ Años más tarde, David Hume y Adam Smith habrían de profundizar en la importancia de la experiencia sensible como parte esencial del proceso de percibir, conocer e interpretar el mundo.

Si el racionalismo cartesiano del siglo XVII se ocupó de separar las dimensiones del cuerpo y de la mente, muchos médicos, filósofos y teólogos de la Ilustración francesa e inglesa insistieron en la necesidad de volver a unir ambas dimensiones para comprender el origen del conocimiento, lo mismo que la naturaleza de la moral

¹⁸ Goring, *The Rhetoric of Sensibility...*, p. 43.

¹⁹ Lloyd, *The Discourse of the Sensible...*, p. 5.

²⁰ John Locke sostenía que los seres humanos juzgan aquello que es bueno o malo de acuerdo con la manera que los afectan. Es decir, de acuerdo con el hecho de si generan dolor o placer. Véase Sara Ahmed, *The Promise of Happiness*, Durham/London, Duke University Press, 2010, p. 23. Además, en su *Ensayo sobre el entendimiento humano*, Locke sostenía que todo el conocimiento se deriva de la experiencia sensible. Véase Daniel Wickberg, “What is the History of Sensibilities? On Cultural Histories, Old and New”, *The American Historical Review*, Oxford University Press, Oxford, v. 112, n. 3, junio de 2007, p. 665.

entre los hombres.²¹ Bajo aquella nueva óptica, pensamiento y emoción volvieron a estar unidos y a constituir la esencia de la experiencia humana universal.²² A decir verdad, para los historiadores culturales del siglo XXI interesados en la historia de las emociones, la vida humana solamente cobra sentido cuando se explica desde una perspectiva similar.

La historia de las emociones. Algunos conceptos

Para los especialistas en la historia de las emociones, éstas siempre se piensan como construcciones históricas y culturales que se llenan de significados particulares de acuerdo con los grupos o las comunidades que las experimentan y les dan un sentido específico en una época y un espacio determinados. Tal como señala Daniel Wickberg en su artículo “What is the History of Sensibilities?”, los historiadores de las emociones hablan de las sensibilidades culturales como “formas de mirar, conocer y sentir el mundo que son características de distintas civilizaciones”.²³

El primero en hablar del concepto de sensibilidad cultural fue el antropólogo norteamericano Clifford Geertz, quien en su libro *Local Knowledge: Further Essays in Interpretative Anthropology* explicó que lo que distinguía a unas personas de otras era “la diferencia en la estructura de percepción, sensibilidad y valores que pueden identificarse como ‘sensibilidad’”.²⁴ El interés de Geertz en estudiar las sensibilidades desde una perspectiva antropológica y cultural fue compartido por otros sociólogos y antropólogos de la década de los años ochenta, tales como Caterhine Lutz, Geoffrey White o Michelle Rosaldo quienes fueron pioneros en el estudio de las emociones

²¹ Jo Labanyi, “Doing Things: Emotions, Affect, and Materiality”, *Journal of Spanish Cultural Studies*, Routledge/Taylor and Francis Group/Centre for Iberian and Latin American Visual Studies, London, v. 11, n. 3-4, septiembre-diciembre de 2010, p. 227.

²² Sant, *Eighteenth Century Sensibility and the novel...*, p. 5.

²³ Wickberg, “What is the History of Sensibilities?..”, p. 667.

²⁴ Para Geertz, existe una clara relación entre la sensibilidad y la cultura y en una misma sociedad, pueden coexistir varias sensibilidades de clase, de nación o de religión. *Ibidem*, p. 668.

desde las ciencias sociales.²⁵ Los historiadores culturales interesados en explicar la conformación de los universos sensibles de otras épocas abrevan, sin duda, de muchos de sus postulados teóricos y metodológicos.²⁶

Ciertamente, la historia de las emociones concibe a estas últimas como construcciones culturales que permiten percibir, representar, conocer y ordenar el mundo de una manera específica; además, como herramientas que hacen posible emitir juicios de valor y medios que posibilitan la comunicación con los otros.²⁷ De ahí el interés en rastrear y reconstruir los procesos mediante los cuales las emociones de una época y de una comunidad o un grupo en particular cobran sentido y se llenan de significados específicos.

Es importante señalar que, tal como lo explica Daniel Wickberg, la historia de las emociones no es lo mismo que la historia de las mentalidades. Las sensibilidades de una época no son sinónimo de las ideologías o las cosmovisiones de un periodo histórico.²⁸ En realidad, si algo diferencia la historia de las emociones de la de las mentalidades es su interés en rastrear las tensiones entre el individuo y la cultura, entre el sujeto y la sociedad, entre la libertad de la persona y las construcciones colectivas.

A diferencia de la historia de las mentalidades que habla de epistemes hegemónicas para cada época, la historia de las emociones siempre contempla la importancia de la subjetividad e insiste en reconstruir las contradicciones existentes entre el individuo y la trama cultural y social en la que éste se mueve. En ese sentido, los historiadores de las emociones rescatan las ideas de Natalie Zemon

²⁵ Susan Broomhall explica cómo al tratarse de construcciones socioculturales que se producen históricamente, desde la mirada antropológica, las emociones nunca pueden verse exclusivamente como experiencias personales, sino más bien como parte de la cultura. Véase Susan Broomhall, *Hearts and Minds: Ordering Emotions in Europe, 1100-1800*, Boston, Brill, 2015, p. 2.

²⁶ Leidy Paola Bolaños, “El estudio socio histórico de las emociones y los sentimientos en las Ciencias Sociales del siglo XX”, *Revista de Estudios Sociales*, Universidad de los Andes, Bogotá, n. 55, enero-marzo de 2016, p. 178.

²⁷ Véase Edith Calderón Rivera, “Universos emocionales y subjetividad”, *Nueva Antropología*, Asociación Nueva Antropología, México, v. XXVII, n. 81, julio-diciembre de 2014, p. 13.

²⁸ Wickberg, “What is the History of...”, p. 664.

Davies o Juan Pedro Viqueira, quienes subrayan la importancia de hacer historia a partir del juego que se establece entre la libertad de los sujetos históricos y las condiciones de posibilidad que les ofrecen los contextos culturales en los que dichos sujetos se mueven.²⁹

Ahora bien, la historia de las emociones no pretende psicoanalizar a los sujetos del pasado; mucho menos, quedarse en el drama interno de hombres y mujeres que, por lo demás, ya no viven. Ciertamente, el interés de los historiadores en la dimensión sensible de los seres humanos busca reconstruir los significados ocultos de las emociones que formaron parte del sentido común de una época, o, mejor dicho, de los sentidos comunes que existieron entre diferentes grupos sociales o, con el fin de utilizar ya el concepto clásico de Barbara Rosenwein una de las autoras más importantes de esta corriente historiográfica—, para reconstruir el sentido común de las diferentes comunidades emocionales que coexistieron en épocas y geografías particulares.³⁰ Pero, por otro lado, lo que más interesa a los estudiosos de las emociones son los hábitos, las prácticas, las conductas, las representaciones, los vínculos personales o las formas de relación con el poder que se desprenden de la experiencia emocional dentro de cada sociedad, en todo momento histórico.

En este sentido, son muy interesantes las propuestas que hacen Jo Labanyi y Monique Sheer de estudiar las emociones como prácticas y experiencias, conceptos teóricos sin duda centrales para todo historiador interesado en la dimensión sensible de la vida humana. Para la primera, los estudiosos de las emociones no pueden pensar en ellas como estados anímicos que solamente existen en del yo interior de las personas. En su lugar, Labanyi propone, más bien, estudiar las emociones como fuerzas motoras que producen prácticas cotidianas; pues las emociones son experiencias subjetivas que

²⁹ Natalie Zemon Davies, *Pasión por la Historia. Entrevista con Denis Crouzet*, Valencia, Universidad de Valencia/Universidad de Granada, 2006, p. 22. Sobre las condiciones de posibilidad en la historia, véase Juan Pedro Viqueira, “Los historiadores y la diversidad social”, *Istor: revista de historia internacional*, Centro de Investigación y Docencia Económicas, México, año 15, n. 63, 2015, p. 75-110.

³⁰ El concepto de comunidades emocionales fue acuñado por Barbara Rosenwein en su libro *Emotional Communities of the Early Middle Ages*, Nueva York, Cornell University Press/Ithaca & London, 2006.

efectivamente generan vínculos y relaciones sociales y culturales con los otros y con las cosas.³¹

Para Sheer, las emociones son producto de la percepción y de la interpretación del mundo; fenómenos que inciden directamente en cómo cada sujeto experimenta la vida. Pero, además, señala que las emociones siempre se actúan y se manifiestan, asimismo generan actos, gestos y acciones. Por ello, la historia de las emociones guarda una estrecha relación con la historia del cuerpo.³²

En este mismo sentido, vale la pena recordar a Javier Moscoso, otro de los historiadores contemporáneos más interesados en acerca de las emociones como una historia de la experiencia. Efectivamente, en muchos de sus trabajos, plantea la importancia de hacer historia de las emociones poniendo al centro el concepto de experiencia. De acuerdo con él, toda experiencia humana está cifrada por las sensaciones, las pasiones y los instintos. La manera en que se viven estas tres dimensiones cobra significados particulares en contextos culturales siempre específicos.³³

Ahora bien, cuando los historiadores de las emociones retoman el concepto de experiencia, éstos echan mano, indudablemente, de las ideas antropológicas de Victor Turner, quien habló de la experiencia humana como el conjunto de aprendizajes acumulados que estructura nuestro repertorio de deseos, pensamientos y emociones. De acuerdo con el antropólogo escocés, la experiencia humana es la fuerza transformadora que permite a los seres humanos idear mecanismos de supervivencia cada vez más eficaces y mejores. Para Turner, la experiencia produce diferentes dramas sociales, sistemas culturales que, con sus reglas, sus prejuicios, sus tabúes y su sentido común, otorgan una identidad particular a cada comunidad histórica.³⁴

³¹ Labanyi, “Doing Things: Emotions, Affect, and Materiality...”, p. 224.

³² Broomhall, *Hearts and Minds...*, p. 10. Véase el artículo de Monique Sheer, “Are Emotions a Kind of Practice (and is that what makes them have a history?) A Bourdieuan Approach to Understand Emotion”, *History and Theory*, Wiley-Blackwell, Wesleyan University, Middletown, v. 51, n. 2, mayo de 2012, p. 193-220.

³³ Moscoso, “La historia de las emociones...”, p. 75.

³⁴ Véase *The Anthropology of Experience*, Victor Turner y Edward M. Bruner (eds.), Clifford Geertz (epílogo), Illinois, University of Illinois Press, 1986, p. 40.

Como es fácil advertir, la historia de las emociones vive en estrecho diálogo con la antropología cultural. Sin embargo, es importante señalar que esta corriente historiográfica también surgió a partir de los intereses propios de nuestra disciplina histórica. Así, por ejemplo, muchos historiadores de la primera generación de los Annales, tales como Marc Bloch o Lucien Febvre fueron pioneros en poner atención en la dimensión emocional de la vida humana. Efectivamente, trabajos como *Los reyes taumaturgos* o *El problema de la incredulidad en el siglo XVI* retomaron el problema de las emociones como parte importante de la experiencia histórica.

En cuanto a las metodologías más pertinentes para hacer este tipo de estudios vale la pena hacer algunas precisiones. Como se ha señalado ya, la historia de las emociones parte de la premisa de que sentir no es un fenómeno puramente biológico, sino también un fenómeno social e histórico. Por ello, ésta oscila entre la naturaleza y la cultura, entre el individuo y la sociedad, entre lo público y lo privado. Una historia de tal índole puede recurrir a las metodologías de la microhistoria, las historias de vida o las biografías para responder a las preguntas que le interesa resolver. Al mismo tiempo, los estudiosos de las emociones pueden valerse de otras metodologías más propias de la historia económica, intelectual o política que sin duda puede hacerse, también, desde la dimensión emocional.

Actualmente, son muchos los investigadores de diversas instituciones internacionales que insisten en profundizar en el estudio de la historia desde la perspectiva sensible. La historia de las emociones se desarrolla, sobre todo, en países como Alemania, Gran Bretaña, España, Australia y Estados Unidos. Instituciones como el Max Planck Institute de Berlín, la Escuela Queen Mary en la Universidad de Londres, la Universidad de Valencia o la Universidad George Mason en Virginia cuentan con centros e investigadores especializados en esta perspectiva historiográfica.

Tal como se ha visto a lo largo de estas páginas, algunos de los historiadores de las emociones de habla sajona que han acuñado conceptos importantes para el estudio de lo sensible son Barbara Rosenwein, William Reddy, Peter N. Stearns, Raymond Williams o Jo Labanyi. Todos ellos han hecho aportaciones teóricas impor-

tantes y han desarrollado conceptos como los de comunidad emocional, emotivos o emocionología que aún animan muchos debates disciplinares sin duda útiles para los historiadores iberoamericanos interesados en este enfoque histórico. Sin embargo, es evidente que hoy, más que nunca, la historiografía en lengua castellana necesita desarrollar conceptos, teorías, categorías de análisis y metodologías propias que obedezcan de manera más adecuada a las realidades históricas y culturales del mundo hispano y latinoamericano.

En el caso muy específico de nuestro país, son muy pocos los esfuerzos que se han hecho por desarrollar la historia de las emociones, en general, y más específicamente, para el periodo novohispano o para el estudio del mundo moderno. Sin embargo, sería injusto no mencionar los intentos pioneros por impulsar esta corriente historiográfica en nuestro país. En ese sentido, es importante recordar al seminario de historia cultural de Pilar Gonzalbo en El Colegio de México, grupo de trabajo colectivo que tiene obras como *Los miedos en la historia* o *Amor e historia, la expresión de los afectos en el mundo de ayer*. Por otro lado, es necesario tener en mente al grupo de investigación de Olbeth Hansberg, autora de *La diversidad de las emociones*, en el Instituto de Investigaciones Filosóficas en la Universidad Nacional Autónoma de México. Además, existe el proyecto de la Red Nacional de Investigadores de Estudios socio-culturales de las emociones de la Facultad de Estudios Superiores-Iztacala liderado por académicas como Olivia López o Verónica Suárez Rienda. Por último, cuando se habla de las investigaciones pioneras en historia de las emociones en México, sin duda es necesario aludir a los trabajos de Roger Bartra en torno a la melancolía, entre los que se encuentra, por ejemplo, *Cultura y melancolía: las enfermedades del alma en la España del Siglo de Oro*. En meses recientes, el Instituto de Investigaciones Históricas inauguró el Seminario Historia de las Emociones coordinado por Susana Sosenski, Mauricio Sánchez Menchero y Estela Roselló Soberón. Éste tuvo el propósito de articular redes con estudiantes, instituciones y colegas nacionales e internacionales para desarrollar y consolidar el trabajo en investigaciones que apuesten por esta perspectiva historiográfica en nuestro país.

*Para una nueva historia emocional del periodo virreinal
y de la Edad Moderna*

En el caso de la historia de las emociones de la Nueva España y del mundo moderno, las preguntas y los temas que se pueden abordar desde este enfoque son innumerables. También, son muchos los acervos documentales y fuentes que pueden ser útiles para emprender investigaciones a partir de esta mirada.

La cultura barroca que dio sentido a la vida en la Nueva España fue, sobre todas las cosas, profundamente emocional y sensual. No hace falta decir que, bajo la mirada tridentina de la vida, las sensaciones debían mover los afectos de los fieles para alejarlos de las tentaciones de la carne y conducirlos hacia el camino de la virtud y la vida eterna. Los universos emocionales que dieron sentido al cielo, al infierno, a la experiencia del pecado y de la virtud siguen siendo tema privilegiado para los interesados en explicar el significado que cobraron, en aquella cultura, emociones y sensaciones asociadas con el bien y con el mal, con lo oscuro y lo luminoso, con la salvación y con la condena eterna en el más allá. Basta con pensar, por ejemplo, que la mayor parte de los pecados capitales tenía que ver con experiencias emocionales y corporales excesivas, lejanas a la moderación y a la templanza. ¿Qué significado tenían, en la sociedad virreinal, emociones como la envidia, el deseo carnal, la pereza, los celos o la avaricia? ¿Qué clase de relaciones sociales, prácticas y vínculos originaban en la vida cotidiana? ¿Significaban lo mismo entre todos los sectores sociales de aquel virreinato americano?

Entre los problemas más interesantes a explorar en la historia de la Nueva España, lo mismo que en diferentes sociedades de la Edad Moderna, se encuentra la relación entre el individuo y la sociedad, o, para decirlo mejor, la tensión entre la construcción del sujeto moderno y la fuerza de la dimensión colectiva. Sin duda, reparar en las experiencias emocionales que consolidaron el yo interior, así como en los universos emocionales que apuntalaron la experiencia de pertenecer a la comunidad sería realmente indispensable si se pensara en enriquecer las explicaciones de la

historia virreinal novohispana desde otra perspectiva. ¿Qué lugar ocuparon la introspección, el examen de conciencia o la experiencia del arrepentimiento en la consolidación del yo interior moderno y católico? ¿Cómo se expresaron la caridad, el honor, el miedo al otro en la construcción de solidaridades e identidades comunitarias que incluyeron a unos y excluyeron a los que quedaban fuera del cuerpo místico de Cristo, de acuerdo con la sensibilidad católica tridentina dirigida por curas, confesores y predicadores?

La definición de “los otros” ya fueran brujas, herejes o judíos se construyó, sin duda, mediante una fuerte carga emocional que asoció lo demoníaco, lo gentil o lo pagano con el miedo, el rechazo, el asco, el desprecio o el odio. ¿Cómo se difundieron y construyeron dichas emociones en la vida cotidiana? ¿En qué prácticas y costumbres se manifestaron? ¿Cómo se definieron las fronteras emocionales entre un “nosotros” y un “los otros”?

Hablar de fronteras, por cierto, es hablar, así mismo de espacio y de geografía. En el caso de la historia de la Nueva España, la construcción de espacios y geografías terrenas y ultraterrenas se llevó a cabo, también, mediante la apelación a ciertas emociones y sensaciones que podían experimentarse o no dentro de ciertos perímetros espaciales físicos o imaginarios. Como todo aquello que había sido dispuesto de manera perfecta e inamovible en el plan divino del universo, la cultura barroca tridentina defendió la existencia de espacios bien delimitados para sufrir, para gozar, para pecar y para ejercer la virtud. ¿En qué se distinguieron, emocionalmente hablando, un convento de monjas de un palenque de negros cimarrones? ¿Qué espacios se concibieron como sitios exentos de pasiones negativas como la lujuria o la mentira? ¿Cuáles se imaginaron como sitios privilegiados para vivir la tentación y el embaucamiento? ¿A qué realidades cotidianas dio origen la delimitación de espacios y geografías emocionales de este tipo?

También en relación con el espacio, la geografía y las fronteras, cuando se piensa en nuevas historias de las sensibilidades novohispanas habría que pensar en las emociones que distinguieron al campo de la ciudad, a las costas de los territorios internos, a las regiones pobladas por gente muy distinta entre sí. Personas que

prefirieron asentarse en un determinado lugar y que, por lo tanto, experimentaron e interpretaron la vida desde afectos, sensaciones y emociones también diferentes.

Pero si se piensa en la geografía emocional de la Nueva España también se puede considerar el tiempo emocional dentro del cual transcurría la vida cotidiana de los hombres y mujeres que habitaron en aquel reino. La liturgia religiosa que orientaba los hábitos, costumbres, conductas y prácticas cotidianas señalaba tiempos particulares para sentir emociones específicas. El calendario litúrgico determinaba periodos para sufrir, lo mismo que tiempos para gozar; días para reír, así como otros para expiar culpas y penar. ¿Cómo se construía, en lo cotidiano, el universo emocional que debía predominar en cada época, en cada fiesta, en cada momento del año? ¿Qué emociones eran comunes en las experiencias cotidianas de la Semana Santa? ¿Cuáles las del Carnaval, la Navidad o la Pascua? Sin duda alguna, la educación emocional, la conducción de los afectos y de las pasiones de los fieles por parte de guías espirituales, confesores, sacerdotes, predicadores fue esencial en la construcción de un orden social y cultural específico.

Del mismo modo, otro de los temas privilegiados para la historia de las emociones en la Nueva España podría ser la de las concepciones de lo masculino y lo femenino. La historia de las mujeres, lo mismo que la de los hombres ofrece preguntas de enorme interés cuando se piensa en rastrear las sensibilidades con las que los habitantes de la Nueva España interpretaron el mundo y la vida. ¿Qué emociones eran más propias de los hombres que de las mujeres y viceversa? ¿Cómo influían ciertas experiencias emocionales en la definición de los roles de género en aquella sociedad?

Sin duda alguna, la historia de las emociones se vincula con la historia de la intimidad. Rastrear y reconstruir el mundo sensible de los sujetos históricos implica, necesariamente, escudriñar en los rincones más secretos y ocultos de su vida cotidiana. En ese sentido, la historia de las emociones tiene mucho que hacer a partir del estudio de la vida material de los hombres y mujeres que poblaron la Nueva España. Los objetos que rodearon a las personas en su vida diaria arrojan pistas sobre los deseos, los anhelos, los gustos

y los placeres que motivaron muchas acciones, prácticas y hábitos cotidianos en aquella sociedad.

Ahora bien, si la historia de las emociones abre muchas oportunidades para hurgar en los rincones interiores y físicos más recónditos de la vida de los habitantes de la Nueva España, al mismo tiempo, ésta permite descubrir y reconstruir la naturaleza de muchas relaciones de poder y de autoridad a diferentes niveles. Así, por ejemplo, sería interesante rastrear el universo emotivo con el que se construyeron las imágenes y representaciones del rey o del virrey. También, qué emociones dieron realidad al amor materno y en que se diferenciaron del amor paterno. ¿Qué emociones inspiraba entre los súbditos el virrey? ¿Cuáles la virreína? ¿Cómo se construía la imagen emocional de María y cómo la de Jesús? ¿Qué universo emocional orientaba la relación del padre de familia con sus hijos y su esposa? ¿Cuál daba sentido a la relación de los hijos y el esposo con la madre de familia?

Lo anterior es solamente una muestra de la infinidad de temas que se pueden explorar desde la dimensión de lo sensible cuando se piensa en la historia de la Nueva España. Ahora bien, para emprender investigaciones bajo esta perspectiva histórica es importante tener claro con qué archivos y con qué tipo de fuentes se puede trabajar. Antes de dar algunos ejemplos es muy importante hacer una precisión más.

Para los historiadores de las emociones es prácticamente imposible tener acceso al fuero interno de los sujetos que estudian. En ocasiones, algunas fuentes de gran riqueza, tales como los diarios personales, las cartas o la correspondencia pueden hablar explícitamente de lo que los sujetos decidieron registrar como emociones que experimentaron en su vida diaria o bajo ciertas circunstancias. Sin embargo, los estudiosos de las emociones no siempre cuentan con este tipo de información tan explícita.

Más aún, a decir verdad, los historiadores de las emociones no siempre están tras el rastro de aquello que los sujetos dijeron o expresaron sentir. Y es que lo que realmente interesa al investigador inclinado hacia esta perspectiva del pasado es la reconstrucción del significado del universo sensible de un sujeto específico o de

una comunidad emocional particular. Es decir, para un historiador de las emociones no basta con encontrar, por ejemplo, el registro de que una monja haya sentido deseo por el demonio, sino que hace falta que éste explique el significado del deseo en un contexto cultural específico.

Con todo esto se puede afirmar que, para escribir la historia emocional de la Nueva España, existen muchos documentos dispersos en diferentes tipos de archivo que, sin duda, son de inmenso valor. Sólo por mencionar algunos, se puede pensar en fuentes judiciales, tanto eclesiásticas como civiles o inquisitoriales. Éstas ofrecen información muy rica con relación a prácticas, hábitos, costumbres, formas de relación que se desprendieron de las experiencias sensibles cotidianas de los habitantes de la Nueva España.

Por otro lado, evidentemente, son muy útiles para la historia de las emociones, todo tipo de diario, escrito personal o carta en la que los sujetos hayan plasmado información sobre el universo emocional que formó parte del sentido común de una época. Las colecciones de correspondencia privada, pero también, las colecciones de correspondencia oficial son fuentes de gran valor en ese sentido.

Otra fuente de enorme riqueza para los historiadores de lo sensible puede ser, por ejemplo, los testamentos y los inventarios de bienes. En ellos, es posible que el investigador rastree listas de objetos que con un poco de astucia e imaginación lleven a un repertorio emocional construido a partir de los deseos y anhelos que motivaron el consumo o la posesión de ciertos bienes específicos.

De tal suerte es posible afirmar que los investigadores interesados en escribir las historias emocionales de la Nueva España deben visitar lugares como el Archivo General de la Nación, los archivos notariales o recurrir a las colecciones familiares. Esto, sin tomar en cuenta otro tipo de fuentes no escritas, tales como la pintura, que también pueden ser de mucha utilidad para reconstruir los universos sensibles de la época virreinal.

En alguno de sus libros más recientes sobre la historia de la felicidad en el mundo griego, el filósofo español Fernando Savater señaló cómo hoy, los seres humanos del siglo XXI vivimos en un mundo insaciable, incansable, que a veces parece infinito. Para los

griegos, explica Savater, el concepto de infinito generaba miedo y temor. Y es que, de acuerdo con el filósofo español, a los griegos, pensar en el infinito no les gustaba nada puesto que ello obligaba a pensar en el desorden, el exceso, la monstruosidad.³⁵

Hoy, el mundo en el que vivimos parecería más bien finito, pero al mismo tiempo, lleno de incertidumbre, caos, violencia, dolor, discriminación y odio. Se trata, como han señalado Fernando Escalante o Mauricio Tenorio, de un mundo en transición que anuncia un fin de era. Sin embargo, en medio de esta incertidumbre, confusión y, muchas veces, aparente sin sentido, los seres humanos no podemos renunciar a tener esperanza. El siglo XXI, como todo escenario de crisis y recomposición, también clama por un mundo en el que sea posible construir solidaridad, dignidad, resiliencia y empatía. No cabe duda de que la historia de las emociones tiene mucho que ofrecer allí para todos los seres humanos que quieran imaginar un mundo mejor.

³⁵ Carlos García Gual, Javier Gomá Lanzón, Fernando Savater, *Muchas felicidades. Tres visiones de la idea de la felicidad*, Madrid, Ariel, 2014, p. 18.